

## ESCENA VII.

EL PADRE ANTONIO, CIPRIANO.

EL PADRE. (Aparte.)—No debo irme. Sólo quedándome puedo evitar una gran desgracia, aunque sea exponiéndome á morir á manos de este energúmeno. (Al indio con firmeza.) Me quedo aquí.

CIPRIANO.—El amo manda que se vaya vuestra reverencia. Fuerza es obedecerle.

EL PADRE.—¿Y por qué le obedeces?

CIPRIANO.—Por temor y por cariño.

EL PADRE.—Temor... No le tengas. Aquí no estamos en el Perú, donde era omnipotente tu amo. Cariño... La mayor prueba que de tu cariño puedes darle, es dejarme aquí y callar. Quedándome, salvaré á tu amo.

CIPRIANO.—Padre, yo no puedo entrar en estas honrras. Sólo me toca obedecer. Venid, salid de casa.

EL PADRE.—Te digo que no saldré. ¿Eres cristiano?

CIPRIANO.—Sí, Padre, á Dios gracias.

EL PADRE.—Respetá, pues, en mí á un ministro del Altísimo. Dios me manda que aquí me quede. Concurre á que se cumplan sus designios inexcrutables. Cállate y déjame tranquilo. Si por obedecer á tu amo me desobedeces y desobedeces á Dios, caerá sobre tu cabeza la maldición del cielo.

CIPRIANO.—¿Qué decís? ¡Jesús mio!

EL PADRE.—Lo que oyes: la maldición del cielo.

CIPRIANO.—¡Qué horror!... (Volviendo de su asombro.) Vete, señor. Tiemblo por tí y por mí. Mi amo va á volver.

EL PADRE.—Sal tú. Yo me ocultaré en aquella estancia. Desde allí estaré á la mira. (Se oye dentro ruido.)

DOÑA BRIANDA. (Desde dentro y lejos aún.)— ¡Déjame en paz! ¿Te has vuelto loco? (El Padre se oculta.)

CIPRIANO.—¡Qué apuro! Si callo soy infiel á mi amo. Si delato al Padre, ¿qué hará de él este terrible amo mio? Además, Dios me castigaría. El Padre parece un santo. Sin duda se esconde por nuestro bien. (Vase Cipriano.)

## ESCENA VIII.

RIVERA, DOÑA BRIANDA.

[Aparece doña Brianda huyendo de Rivera y como buscando medio de irse á la calle. Rivera le ataja el paso, cierra la puerta que da á lo exterior de la casa y guarda la llave. Cierra igualmente los vidrios del balcon.]

DOÑA BRIANDA.—Déjame en paz, Bartolomé. Tus sospechas son tan absurdas como ofensivas.

RIVERA.—Ya es inútil que corras. Ya no puedes irte. Cerré la puerta de tu cuarto que da al corredor. Ahora he cerrado esta otra. He cerrado el balcon para que no te oigan si gritas. Resígnate y dame cuenta de todo.

DOÑA BRIANDA.—Bartolomé, tú deliras. Me pones miedo. Gritaré y me oirán.



RIVERA.—De sobra me conoces. Ya sabes que no entiendo de burlas. Estoy determinado. Si gritas, te ahogo. Calma, pues. Vamos... siéntate.

(Agarra de un brazo á doña Brianda y la hace sentarse.)

DOÑA BRIANDA.—Eres el mismo de siempre. Tan cruel, más cruel que hace años. Pero entónce seras infeliz. Tenían disculpa tu mal humor y tu violencia. Hoy no la tienen: Entónce... ¿te acuerdas?... acudías á mí en casos desesperados... perseguido por tus acreedores... yo te daba cuanto tenía. Por tí vendí las finquillas que me dejó mi difunto marido. Por tí y para tí desaparecieron las alhajas que autorizaban mi estrado: brasero de plata con tarima de ébano incrustado de marfil, alcatifas de Levante, tapices flamencos, escaparates y escritorcillos, sillones de baqueta de Moscovia y almohadas de Damasco. Mis dijes fueron empeñados, y al cabo vendidos para acudir á tus compromisos. Pero, ¿qué mucho? ¿No te llevaste en ocasiones hasta lo que hilaba yo en la rueca y lo que afanaba en la almohadilla? Hoy estoy pobre y tú muy rico. Nada puedo darte ya. ¿Por qué me amenazas? ¿Por qué me intimidas?

RIVERA.—Porque no es verdad lo que dices; porque no estás pobre. He registrado tu arca. Mira lo que he encontrado... (Mostrándole los objetos.) Esta bolsa llena de oro; estas ricas joyas... ¿De dónde ha venido todo esto?

DOÑA BRIANDA.—¿Estás celoso, mi bien? Si estás celoso, mayor es la dulzura con que tus celos me lisonjean que el temor que me causa tu ira. Mi bien, yo no te he faltado.

RIVERA.—Fuego del cielo te confunda. Con razon

lo sospechaba. ¿Qué oficio abominable hiciste entonces para satisfacer tu codicia? No seas necia. Yo no tengo celos. Yo no te amo. Yo me avergüenzo de haberte amado. Te pagaré con usura lo que gastaste por culpa mia. Otra causa me mueve á averiguar de dónde han venido estas riquezas. Confiesa tu maldad. ¿De dónde han venido?

DOÑA BRIANDA.—El furor te ciega. Bartolomé, escúchame con reposo.

RIVERA.—Me presto á escucharte con paciencia que raye en lo inverosímil, aunque preveo que vas á mentir. Dí lo que quieras.

DOÑA BRIANDA.—No tengas de mí tan mala opinion: tú mismo te agravias teniéndola. Considera, Bartolomé, que esa opinion mala la debías tener ya cuando te fuiste á Indias. Y si la tenías, ¿por qué dejaste á tu hermana en mi poder? ¿Qué caso hacías entonces de tu honra cuando la dejabas á la merced de quien tan vil concepto te debe? No: yo no soy tan perversa como imaginas. He sido culpada, débil contigo; pero amarte fué mi pecado: tú, ménos que nadie, debierás acusarme. Yo te perdono el mal que me has hecho con tus durísimas palabras. Perdóname tú el engaño que te hice, ocultándote, cuando te fuiste á Indias, que aún me quedaba ese pequeño tesoro. Por no vivir en la miseria te le oculté. Te dije que ya te había dado cuanto tenía, y aún guardaba eso que hoy has descubierto y bastante más con que hemos vivido: Dime tú, imprevisor, loco: ¿cómo hubiéramos vivido tu hermana y yo, si no tengo el tino y la precaucion de engañarte?

RIVERA.—¿Cómo hubiérais vivido? Como vive toda



mujer honrada y pobre; con el trabajo de vuestras manos. Debió, además, alentaros la esperanza de verme volver rico, ilustre, glorioso, como al fin he vuelto. Pero vosotras no tuvisteis ni esperanza ni fe.

DOÑA BRIANDA.—Considera que no pocas veces te lloramos por muerto; que no recibíamos cartas ni noticias tuyas. Ciego de ambicion, luchando á brazo partido con la fortuna, sin duda te olvidaste de mí y de tu hermana, y no nos escribías; tal vez no tenías medios de escribirnos.

RIVERA.—No los he tenido casi nunca. Y, además, ¿para qué escribiros? ¿Hubieran sido mis cartas cual benéfico talisman, que te hubiera impedido ser mala? Tus embustes groseros no me deslumbran. Veo ya claro el abismo en que ha caído mi honra. No sufro más disculpas vanas. Díme el nombre del seductor. Pronto, ó mueres. (Amenaza darle muerte con la daga desnuda.)

DOÑA BRIANDA.—Mátame... Yo no puedo suponer lo que no es.

RIVERA. (Aparte.)—Es tan terca, que se dejará matar y no descubrirá nada. Apelaré á la astucia. (Á doña Brianda.) En balde finges..., en balde te callas... Aunque no lo confieses..., tengo pleno convencimiento de tu delito. Laura me lo ha confesado todo.

DOÑA BRIANDA.—Laura soñaba... Laura no ha podido mentir... Tú eres quien inventa todo eso, pensando que así confesaré. No..., no está mal ideado el ardid. Si yo fuese culpada, ya me hubieras hecho caer en el lazo. Gracias á Dios..., no lo soy.

RIVERA.—Lo que tú eres es la astucia..., la impu-

dencia en persona; pero no te valdrá. No tendré compasion contigo. Te haré dar tormento para que confieses. (Se dirige á la puerta que da á lo exterior de la casa; la abre con la llave y llama.) ¡Cipriano! (Aparece el indio.)

CIPRIANO.—Señor; ¿qué ordenas?

RIVERA. (Aparte.)—¡Qué vergüenza! ¿Qué voy á hacer, Dios mio? (Á Cipriano.) Nada. Aguarda ahí mis órdenes. (Cierra la puerta otra vez, aunque no con llave. Luego, en voz baja, para que no le oiga el indio.) (Á doña Brianda.) No seas terca. ¡Evita un escándalo! Mira que estoy decidido á todo. Sálvame y sálvate. Ese indio es más que un esclavo; es un mero instrumento mio. No me obligues á que le mande que haga contigo el oficio de verdugo. Ten piedád de tí y de mí. Confiesa.

DOÑA BRIANDA.—Mátame, descuartízame, atormentame. Nunca me declararé culpada... No..., no lo soy.

RIVERA.—Lo eres, Brianda, lo eres; pero yo te perdonaré con tal de que confieses y me des el nombre del seductor, á fin de vengar el agravio. ¿Quieres que jure? Juraré... Juro por lo más sagrado que te perdono. Confiesa ahora.

DOÑA BRIANDA.—Te compadezco, pobre Bartolomé. ¿Qué pesadilla es la tuya? Si no hay delito, bien mio, ¿cómo quieres que le confiese?

RIVERA. (Meditando entre sí.)—¿Tendrá razon, cielos santos? ¿Será una pesadilla la mia? ¿Por qué no ha de ser posible que la vocacion de Laura sea espontánea? Pero..., ¿y el hombre que entraba aquí de oculto? ¿Y este dinero? ¿Y estas joyas?

DOÑA BRIANDA. (Advirtiendo que Rivera duda y vacila.)—¿Lo ves? Los santos del cielo te inspiran ideas mejo-



res. Lo recapacitas y te convences de que tu diabólico ensueño no tiene ser real.

RIVERA.—Escucha, Brianda. La agitación de mi espíritu no puede durar. Necesito salir hoy mismo de la duda en que estoy. Me repugnaba interrogar á mi hermana, y tú me obligas á ello. Si conviene, la traeré á careo contigo. Mira que soy firme y no cejo. Aún no he agotado mis recursos de averiguarlo todo. Sólo una franca y humilde confesion puede salvarte. Medítalo bien. Te dejaré á solas con tu conciencia. Te doy dos horas de término. Hasta muy pronto.

(Rivera toma su sombrero y va á salir. Al abrir la puerta aparece Cipriano.)

RIVERA. (Al indio.)—Ten cuidado con esa mujer, vigílala... y no consientas que salga de casa. Me respondes con tu vida. (Váse Rivera.)

### ESCENA IX.

DOÑA BRIANDA, EL PADRE ANTONIO.

DOÑA BRIANDA.—¡Gracias por esta tregua, Dios mio! (Viendo al Padre, que aparece.) ¿Vos aquí?

EL PADRE.—Me había ocultado para ampararte, si hubiera sido indispensable. Todo lo he oido. Te conocía, pero no te juzgaba tan mala. En vez de ser tu defensor y tu escudo, he estado á punto de salir á acusarte. Duras entrañas tienes. Rivera te prometía

con juramento su perdon con tal de que confesaras. ¿Por qué no has confesado?

DOÑA BRIANDA.—¿Y qué había yo de confesar, Padre Antonio?

EL PADRE.—¿Intentas proseguir conmigo en tus embustes?

DOÑA BRIANDA.—Además, Padre, ¿quién fia en juramentos ni en promesas de estos que vuelven de Indias? Avezados á tratar con gentiles, á prometer y no cumplir, tal vez se figuren que tambien somos indios y no cristianos, y no cumplan lo que prometen. Prometida tuvo la libertad el inca Atahualpa, comprándola con casi todo el oro que poseía: entregó el oro, y en vez de cumplirle la promesa, le guardaron cautivo y le dieron afrentosa muerte.

EL PADRE.—El inca fué juzgado y sentenciado. Los jueces darán cuenta á Dios de la sentencia. No te entrometas en censurar á los otros. Piensa en tí misma. Mira que todo se descubre. Confiesa tú culpa á Rivera en cuanto vuelva á interrogarte.

DOÑA BRIANDA.—Aunque sois duro y acerbo conmigo, quiero ser con vos franca y leal. Demos por supues que yo soy culpada. ¿Qué ventaja sacará Rivera de que yo le confiese mi culpa? Vos, que sois sacerdote de un Dios de paz, ¿quereis que Rivera lave con sangre su agravio?

EL PADRE.—No; pero quiero que tenga la debida reparacion.

DOÑA BRIANDA.—Esa reparacion es imposible. Si no fuera imposible sería funesta.

EL PADRE.—¿Por qué es imposible?

DOÑA BRIANDA.—¿Sabeis vos quién fué el seductor?



EL PADRE.—No.

DOÑA BRIANDA.—Laura lo ignora. Si lo supiese, os lo hubiera revelado.

EL PADRE.—Laura no sabe su nombre; pero le reconocería al punto si le viese.

DOÑA BRIANDA.—Jamás le volverá á ver.

EL PADRE.—¿No dirás tú quién es?

DOÑA BRIANDA.—Nunca, Padre: no me preguntéis más: no puedo responderos.

EL PADRE.—Tú misma me has dado pié para hacerme otra pregunta.

DOÑA BRIANDA.—Hacedla, si es sobre otro punto.

EL PADRE.—¿Por qué sería funesta la reparacion, dado que fuese posible?

DOÑA BRIANDA.—Por varias razones. Convendreis en que Laura tendría que dar mano de esposa á su seductor.

EL PADRE.—Es evidente.

DOÑA BRIANDA.—Sería, pues, la esposa de un hombre á quien aborrece.

EL PADRE.—Ya le amaría.

DOÑA BRIANDA.—Además, áun suponiendo que Bartolomé de Rivera fuese tan pacífico, tan manso y tan fácil de contentar que se aquietase con ese casamiento forzoso, y áun suponiendo que el seductor se aviniese al casamiento, ¿creeis vos que todo terminaría así dichosamente?

EL PADRE.—¿Y por qué no?

DOÑA BRIANDA.—No terminaría dichosamente, porque Francisco de Cuéllar es un hombre de hierro; porque adora á Laura; porque no sufre rivales; porque, áun ahora que imagina que Laura va á ser de

Dios, quiere disputársela á Dios; porque Laura es el sueño de Cuéllar desde hace años, y Cuéllar no consentiría que su sueño se desvaneciese. Cuéllar es más feroz, más cruel, más violento que Rivera. Cuéllar, al versus esperanzas frustradas, nos mataría á todos.

EL PADRE.—Más te valdría, desventurada mujer, que en vez de tener tanto miedo á Cuéllar, tuvieses ahora y hubieses tenido siempre el santo temor de Dios.

DOÑA BRIANDA.—No me insulteis vos tambien.

EL PADRE.—Yo no te insulto, pero necesito decir la verdad. Veo que la voz de la verdad no penetra en tu alma, y me retiro. Queda con Dios, y que él te ilumine. (Vase.)

## ESCENA X.

DOÑA BRIANDA, sola.

DOÑA BRIANDA.—¡Ay, Jesús mio! ¡Qué hombres! ¡Vaya si son difíciles y peligrosos! Bartolomé era mi cómplice. Se aprovechó de que soy débil y pecadora para arruinarme y perderme. Perdido él entónces, holgazan y lleno de vicios, no acordándose para nada de su honra, me dejó abandonada á su hermana. Hoy, que vuelve rico, merced á sus robos y atrocidades, quiere ser honrado tambien. Hoy me pide cuenta del tesoro que me confió. Si hubiera vuelto pobre, como yo me temía, hubiera vuelto, segun su costumbre, á pedirme dinero con amenazas y malos tratos. Como



vuelve rico, á fin de que los malos tratos y las amenazas no acaben nunca, me pide honra... y á pesar de todo... ¿Seré necia? Le quiero todavía. Confieso, no obstante, que para sacudir este yugo, para librarme de este maldito amor... siento á veces tentaciones de dar jicarazo á Rivera. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué desdichada soy! ¡Ay! ¡Ay!

(Llora y se arroja en un sillón, ocultando el rostro con las manos.)



## JORNADA SEGUNDA.

Rico estrado en casa de doña Irene.

### ESCENA I.

DOÑA IRENE, LAURA.

Doña Irene, vestida de negro, con toca de lana blanca en la cabeza, aparece sentada en un sillón, junto á un bufete con recado de escribir. Doña Irene es una dama de más de sesenta años, muy venerable. Su traje, aunque sencillo, ha de ser señorial y severo. En vez de joyas, penden de su cuello devotas medallas, relicarios y cruces. Un rosario de gruesas cuentas debe ir ceñido á su brazo. Laura, destocada, está de pié.

**D**OÑA IRENE.—Ven acá, hija mia. Ven á mi lado sin zozobra. Siéntate; tenemos que hablar.

LAURA.—Mandad, señora. (Se sienta.)

DOÑA IRENE.—Prévio tu consentimiento, y con fines que no puedo explicarte, el Padre Antonio me confió, tiempo há, como sabes, la causa de tus penas. No te sonrojes, pues, si te hablo de esa causa. No me mo-